

Papeles Póstumos

de Mambruno

30 DE JULIO DE 1961

Mambruno, tumbado en butacón amarillo de su biblioteca, divaga, sueña; hace calor, y mira al azul inalterable del cielo, presiente su muerte, muy próxima, sin temor, con naturalidad, como una función orgánica más; en ocasiones toma notas en un cuaderno con pastas de hule negro. No tiene ya ojos para la vida presente, se mira por dentro, y su corazón se ilumina a la luz del recuerdo. Si mambrunismo quiere decir ensoñación, ahora es como una suerte de ensoñación interna. Sucede que, anclada la memoria en el recuerdo, en las horas que fueron, van forjando la urdimbre del vivir mambrunesco.

Nunca hasta ahora, ha recordado Mambruno sus años de estudiante en Sevilla, entre la fecha, en que llegó, octubre del 1932 y la que acabó, junio del 1936, un arco de mágicos años inolvidables, que no deben perecer con Mambruno. La Sevilla de entonces irradia un encanto singular, allí se inició su aprendizaje de soñador. Su natural lento y contemplativo, no obstante su juventud, se adecuaba con la belleza y color de la ciudad. A través de la evocación, iba escribiendo Mambruno estas notas, ya en el crepúsculo de su vida. Son notas de cariz lírico, a veces fluyen hacia lo narrativo, pero Mambruno se sabe contener; además era un poeta. Mambruno quisiera con éstas postrimeras captar el alma inefable de la ciudad, toda sonrisa y luz, pues en ninguna parte sonríe la luz como en Sevilla.

1 DE AGOSTO

Mambruno siente hoy frío y cansancio, aunque el ambiente es templado; echada la persiana, tamizada la luz, cuadernillo y bolígrafo a mano, ha principiado a escribir. ¿Cómo era aquel otoño de 1932 cuando llegó

por vez primera a Sevilla? Se acuerda de la edad, dieciséis años; nada sabía de la vida, nada de la realidad. Caminaba como un sonámbulo por las calles de Sevilla.

Empezó a vivir en Nervión, casi en las afueras entonces de la ciudad. Se ve Mambruno a sí mismo en una habitación oscura, abriendo el grifo del agua, echándosela en la cara, y buscando luego donde secarse. Sentía todas las mañanas, un hambre animal; desenroscaba el vaso de un termo, vertía el café y se lo tomaba rápido. Salía, corría y solía coger algún tranvía en marcha; de un ágil salto subía a la plataforma. Al correr del tranvía, Mambruno veía cómo iban quedando atrás, hacia la derecha, casas bajas, deformadas, ruines, sucesión obsesiva de la pobreza, hacia la izquierda, árboles, generalmente, eucaliptus, y la tapia interminable de un campo de fútbol.

Era entonces, por aquellos años, Mambruno un joven más bien alto, pálido, con gafas y una chalina negra; el pelo alborotado, rizado, y un aire serio, como melancólico.

Frenó el tranvía, y Mambruno bajó en la Puerta de la Carne, junto a un café lleno de gente. Siguió andando por un laberinto de callejas estrechas y retorcidas, con altos paredones encantados y verdinosos. Se respiraba en la atmósfera un dulce olor a jazmín que venía de detrás de las tapias, o de algún patinillo en flor.

2. DE AGOSTO

Mambruno descansa en un sillón, mira a la calle del Tinte y goza con la paz clara y alegre del verano. Se acuerda de la Universidad de Sevilla, del amplio patio herreriano, del riente cielo azul, del bullicio de los estudiantes, y de la indolencia de algunos, que se recostaban sobre el mármol esbelto de las columnas.

Se acuerda de don José, alto, grueso, joven, vestido de negro, lógico y contundente, bondadoso y eficaz, con dotes excelentes de orador, en la clase de Historia; vislumbra la sombra esbelta de su maestro, don Jorge, con su voz cálida y su acento sutil, explicando Literatura. También se le cruza en el recuerdo aquel profesor ceremonioso y enlutado, un viejecillo de cara ruin y avinagrada, nariz chata. Se le figura en medio de una difusa peroración filosófica, la cabeza ladeada, apoyada la mejilla en la palma de la mano. Nadie entendía media palabra de aquel krausismo ridículo. A veces, don Kantito, tal le llamaban los estudiantes, tenía la ocurrencia, el buen humor, de preguntar. Nadie sabía nada, algunos iniciaban la lección pero acababan embarullándose, entonces los ojos de don Kantito,

amarillentos y traslúcidos, como de gato, chispeaban fúlgidos de cólera o de humor, no se sabía.

Por la tarde, no solía tener clase, y la vida externa de la ciudad le atraía con su ruidoso colorido. Miraba Mambruno, a través del cristal de los escaparates, guitarras panzudas, castañuelas con lazos rojos, collares de vidrio, cabezas negras de toros de cartón y un sin fin de cosas más. Era la calle de Las Sierpes, y entraba en el café «Brasil». Recostado sobre el mostrador, de pie, sorbía lentamente el aromático líquido negro, mientras observaba el entrar y salir de las gentes, el bullicio. Contemplando todo aquello sentía Mambruno como un extraño placer,

3 DE AGOSTO

Mambruno sigue evocando a Sevilla, sumido en la penumbra de su cuarto de escritor, se le aviva el recuerdo, siente nostalgia de su juventud, de la ciudad, sí, Sevilla selló el alma mambrunesca con su hermosura inigualable.

Sevilla dejó en su alma un rescoldo de belleza. Noches, negras noches sembradas de estrellas fulgorosas, un viento cálido que trae efluvios de azahar, y un olor blanco, denso y envolvente que embarga los sentidos. Mambruno deambulaba por las callejuelas silenciosas hasta desembocar en la plaza de la Catedral. A un lado, la Giralda, recamado encaje de ladrillo, alzaba airosa su gallardía de torre no igualada. Junto a una pared blanca, un farol vertía una luz verdosa.

Mambruno se adentraba por una angostura encalada hasta dar con la placita de Santa Marta. Era tan sobrecogedora su pequeñez y tan hondo su silencio, que el alma mambrunesca se volvía íntima y pudorosa como su ámbito.

Luego en su deambular, en su divagar, como aquel gran José María Izquierdo, el más sutil enamorado de la ciudad, iba Mambruno bajo el verdor entrelazado de unas enredaderas. Había en aquel callejón un olor a jazmín, que flotaba en ráfagas, cálido de brisa, puro, transminador. Más allá se atisbaba el temblor misterioso de la plaza de Santa Cruz.

8 DE AGOSTO

Es un día de oro tibio, día de verano en Castilla, con un viento delgado y dardeante como nacido del rumor hojoso de unos chopos. Mambruno, pálido, y algo cansado, se ha sentado en una terraza del Espolón; allí, a solas, aviva el fuego de los recuerdos sevillanos. Se anudan, se entrelazan, el hilo del recuerdo con el hilo de lo vivido, presente y pasado

fundidos forman como un presente nostálgico. Saca Mambruno su libretilla de hule negro, detrás el bolígrafo y va escribiendo.

Era diciembre del año 1932, pleno invierno, pues aunque aún no había comenzado oficialmente, se anunciaba con nieblas y frío. Inició su vida sevillana en una fonda de la calle Harinas. Vivía en el último piso de la casa; más que habitación era como un desván ancho y polvoriento. Por un hueco abierto en el muro, a manera de ventana, entraba una luz gozosa y clara.

El comedor de la fonda, una habitación larga y estrecha, estaba siempre llena de luz, de claridad que penetraba por un ventanal encristalado. Brillaban los azulejos e irradiaba su luz un espejo empenachado. Servían a la mesa dos criadas, una bajita, fea y zahareña, la otra gordita, rubia y afable, iban y venían muy ligeras. Los pupilos eran gente del pueblo, dos chóferes, una telefonista, dos horteras y algún que otro viajante de comercio. La conversación recaía generalmente en temas vulgares, sólo cuando se hablaba de política se encendían los ánimos. Mambruno intervenía rara vez, y sobre todo, desde que alguna vez estuvo a punto de ser víctima de la iracundia de alguno, cerró la boca, aprendió a callar, y a guardarse las propias opiniones.

Mambruno subía a su cuarto, tomaba el sol un rato, y leía un capítulo de «La Celestina» de Fernando de Rojas, que era por entonces su libro de cabecera. Luego paseaba por la habitación, y estudiaba, o bien escribía. Ya había publicado algunos versos en la prensa, y había cobrado la mala afición, de la que se curaría luego, de escribir artículos para la prensa. Nada más opuesto al periodismo que el temperamento contemplativo de Mambruno. En aquellos años, por pura vanidad, esa necia vanidad provinciana, que consiste en publicar un artículo para que le den la enhorabuena los amigos, o se fijen en él, al pasar; más tarde en Madrid hubo de escribirlos por pura necesidad, para comer, para subsistir. Cuando se redimió económicamente, y pudo entregarse por entero a la creación literaria, la vida provinciana, de la que él intentaba liberarse, le hizo incidir otra vez en la vanidad del artículo, bien es verdad que entonces, en la mayor parte de los casos, no eran artículos sino fragmentos de sus obras de creación. Pero dado el acendramiento espiritual que Mambruno alcanzó en los últimos años de su vida, arrancada de cuajo toda vanidad, deseaba vivir como depuntillas, ignorado de los que le rodeaban; y aunque seguía escribiendo con más vocación que nunca, con más creciente eco en la vida literaria española, no anhelaba el éxito local, le gustaba seguir gozando de su vivir recoleto, como un ciudadano más: Durante aquel año, Mambruno perdió mucho tiempo escribiendo artículos, pero estudió de firme: latin, arte, historia, literatura. Cansado de escribir, estudiaba hasta muy entrada

la noche. Su vida, durante aquel curso 32-33, siguió su ritmo invariable, leer, escribir, estudiar y pasear, y al final, Mambruno obtuvo en la carrera de Filosofía y Letras notas muy brillantes. El verano lo pasó en Jerez y leyó vorazmente.

9 DE AGOSTO

¡Qué gustoso este goce dorado, casi físico, del verano en Castilla! Mambruno, después de comer, se ha sentado en su butacón, y, propicio ya, ha comenzado la rememoración interior, revivir de un sueño, de aquellos años de Sevilla.

Aquel verano del 33, como hemos dicho, lo pasó en Jerez; su vocación literaria aumentó, leyó y escribió más que nunca.

Si, desde niño, había sido muy dado a escribir. Recordaba —ahondando en la memoria— de una tarde arrebolada, alta en su niñez, sí, se notaba como ebrio de luz, las nubes todas, como un gran resplandor escarlata, giraban en su cerebro, como un remolino carmesí; de pronto, sus labios se abrieron y comenzó a balbucir versos a la tarde.

Por la noche, en casa, Mambruno se puso a escribirlos, y su corazón en tanto los escribía, se iba llenando de un extraño placer.

La naturaleza le inspiraba, y más aún la primavera, que en el Sur era como estallido azul, de luz y hermosura. ¿Cómo olvidar aquel olor a azahar de los naranjos de la Corredera, o el aroma trasminador de las damas de noche, al pasar por la Tornería, o el dulcísimo perfume a jazmín de las calles de Jerez?, calles silenciosas, con estrellas blancas al anochecer.

Le agradaba a Mambruno perderse entre los jardines del Parque de Jerez, tumbarse en la tierra para respirar mejor el aroma primaverales. Otras veces era por el camino de los eucaliptos, sentado en un banco de piedra, cómo le agradaba oír el susurro de los eucaliptos, allí, en aquel lugar solitario y umbroso, bajo la bóveda gigantesta, plata entrelazada, de los eucaliptos, soñó mucho.

12 DE AGOSTO

Se acuerda ahora Mambruno que se hallaba triste aquella noche de octubre de 1933. Comenzaba el curso, y desde Sevilla evocaba a los suyos, se acordaba de su casa de la Cruz Vieja, de la ventanita de su alcoba, del balcón desde el que se veía la copa de un pino altísimo y detrás el rebrillo de los azulejos de la torre de San Miguel...

Vivía aún en la fonda de la calle Harinas; por la hendidura del muro

entraba una brisa caliente. Leía Mambruno, pero a veces se embebía en la contemplación del cielo estrellado. Había subido con intención de estudiar, después de cenar, pero el calor de la habitación (Mambruno era muy sensible al calor que le ponía nervioso), le incitaba a salir a respirar aire fresco. Se puso la chaqueta, se peinó, y se lanzó a la calle. Pronto se halló discurrendo por la calle de Las Sierpes, como eran más de las once, el bullicio había decrecido y solamente se veían grupos aislados, en acalorada discusión, dando grandes voces, amenazando con los puños. Pasó Mambruno cerca de un grupo, y un hombre del pueblo, un obrero, contaba «Era un automóvil negro, iba a una velocidad de mil diablos, cruzó por la Macarena como un relámpago, y entró en la calle en donde estaba el domicilio del partido, y allí fue ella, con una ametralladora barrió a todos los que estaban sentados a la puerta, tomando el fresco o descansando simplemente». Mambruno huyó del grupo, que, enfurecido, comenzaba a dar grandes voces. Había un algo de hostil en el ambiente. Las luces de los escaparates iluminaba la ferocidad preocupada y sombría de los rostros. Continuó caminando. Dió un largo rodeo por varias calles, hasta que se encontró de nuevo en La Campana. La alegría nocturna de los bares, la luz eléctrica y un no sé qué de embrujo dinámico, le devolvieron el sosiego a su corazón.

13 DE AGOSTO

El recuerdo, piensa Mambruno, tiene galerías interminables, excavando en la memoria, después de casi treinta años transcurridos, qué vivo está todo en nuestro corazón: caras, detalles, palabras, ambiente; todo, soterrado, oculto en nosotros mismos, formando como estratos de nuestra propia vida. Dicen, que los que van a morir, en el último instante de su vida, recuerdan todo lo vivido, y lo vislumbran con claridad meridiana. Mambruno presentía, en efecto, que iba a morir pronto, sabía que no pasaría de este año 61, se lo decía el palpitar angustioso de su corazón; a ello achacaba la clarividencia que ahora tenía, y su facultad para recordar; así, poco a poco, iba destejiendo la madeja de los recuerdos juveniles. Recordando, Mambruno se iba desviviendo, tal vez para morir más tranquilo, de igual manera que un ovillo se va quedando sin hilo, solo en su carrete, en su puro hueso, así Mambruno se iba quedando con la almendra de su alma, con su propia soledad, esa humana soledad intransferible que cada uno ha de vivir, soledad de andaluz pobre, sobre todo, a la hora de la muerte. Volvamos a Sevilla.

Pasadas las vacaciones navideñas, y coincidiendo con el año que comenzaba, el 1934, Mambruno, que iba a cumplir en marzo diecinueve

años, se trasladó a una pensión moderna «La Suiza». Estaba situada en un segundo piso, ya que en el primero estaba el «Fénix», una compañía de seguros, y en el entresuelo, el «Kursaal», una especie de teatrillo frívolo. En el zaguán de la casa, en vitrinas, se exhibían fotografías coloreadas de las bailarinas, semidesnudas, con atuendos vaporosos; alguna, tal Venus, lucía el esplendor nacarado de su desnudez, sin gala ni velo alguno, muchos ratos los pasaba Mambruno contemplando la calle de Las Sierpes. Había, enfrente un tenderete de periódicos y revistas, y junto en un taburete, sentado, un viejo, que dejaba hacer a los parroquianos, y no se molestaba más que para alargar la mano, recoger la calderilla y echársela en la faltriquera. Muy cerca, a dos pasos, se veía un salón de limpiabotas. Los betuneros, en cuclillas, daban lustre a los zapatos, el cepillo corría de una mano a otra, con rapidez inverosímil. Al lado, una relojería, con un reloj luminoso en la puerta, y andando varios pasos más, una pastelería, casi al final de la calle; en ella despachaba una muchachita rubia de ojos azules y manos blancas, rayadas delicadamente por venillas azules. Tenía una voz muy clara, toda música seseosa, de una inflexión muy graciosa; a Mambruno le gustaba oírla y la piropeaba en voz baja. ella, ruborizada se reía, y bajaba los ojos con una rápida vibración azulada.

Hacia la derecha del balcón de Mambruno estaba el «Nacional», un café con columnas de mármol y sobria decoración dorada, entraban y salían gente de campo, tratantes, corredores, cortijeros y algún torero famoso, dueño ahora de un cortijo; muchos llevaban sombreros de ala ancha y algunos zahones y espuelas. A veces cruzaba la calle una mujer morena, taconeando con garbo, esbelta, los brazos desnudos, de una morenez dorada, los hombres la requebraban, le decían graciosos piropos, ella, los miraba, cerraba los ojazos negros, sonreía y seguía, aún más erguida y ondulante, taconeando.

Mambruno comía en «La Suiza» con dos estudiantes, uno, de Jerez, estudiaba Derecho y se llamaba Jesús; el otro, Roberto, estudiaba para médico, el título facultativo se transmitía casi por herencia; había nacido en Almadén. Eran dos tipos y dos temperamentos opuestos, se odiaban cordialmente, representaban al típico estudiante de clase media española de entonces. Mambruno no aprendió nada con ellos, ni bueno, ni malo. Jesús era pequeño y ventrudo; rubio y nervioso, con los ojos saltones; muy de mañana se levantaba, y leía en voz alta los anuncios de «A B C», por si lo perdía, siempre llevaba de repuesto en un bolsillo de la chaqueta un ejemplar del periódico. Roberto era muy alto, la cara toda pálida y llena de barrillos, los ojos, verdes, fríos y sagaces. Se pasaba en la cama la mayor parte del día; era partidario, como él decía, del mínimo esfuerzo. Jesús dedicaba toda su actividad a la política; era un obsesionado, un agitador.

(Continuará)

JUAN RUIZ PEÑA